

INTERSECCIONES DE LA PSIQUIATRÍA: NEUROCIENCIAS, PSICOLOGÍA Y SUBJETIVIDAD¹

Vertex, Revista Argentina de Psiquiatría. Vol. IX, N°33, septiembre-octubre-noviembre 1998. ISSN: 0327-6139. Páginas 229 a 236.

Raúl Courel.

La psiquiatría es, como se dice usualmente, una profesión del campo de la salud mental: una especialidad médica que se ocupa de las enfermedades mentales. Como profesión, es un campo de aplicación de saberes que tienen distintas procedencias y que son de diferentes tipos.

En estos tiempos, la casi totalidad de los conocimientos que se aplican en las profesiones en general, aquellos explícitamente reconocidos como conocimientos, provienen de las ciencias. Sin embargo, no todos los saberes que se aplican en las prácticas profesionales son científicos, ni tampoco todos están explícitamente formulados como saberes, principalmente porque no todos están escritos y porque incluso algunos no podrían ser escritos. Por ejemplo: las actitudes, que estudia la psicología y que no son saberes, tienen importancia clave en el éxito o fracaso del accionar profesional.

Además de la diferencia entre, por un lado, las profesiones, en este caso la psiquiatría, y los saberes que la nutren, hay que subrayar que el profesional no es un mero vehículo o aplicante neutro de conocimientos, métodos, técnicas o criterios preformados, sino que él mismo, necesariamente, efectúa una reelaboración singular de esos saberes en la que cooperan elementos que, a su vez, son de distintos órdenes y procedencias. En lo que termina siendo la índole concreta de una práctica profesional -el perfil profesional real- intervienen entonces factores muy heterogéneos entre los que no es para nada menor lo que cada profesional aporta o agrega de sí a la formación recibida. En aquello que él hace, elige o construye cuenta incluso el elemento creativo o inventivo que necesariamente tiene su lugar.

Los mundos profesionales actuales tienden a la hiperespecialización, a la vez que se incrementa la búsqueda de cooperación y complementación interdisciplinaria. Al mismo tiempo se acentúa el reconocimiento de que los objetos reales y concretos de trabajo poseen una índole altamente compleja y multidimensional. Mientras la especialización -se piensa- fragmenta las realidades, se espera de la cooperación entre distintos especialistas la posibilidad de un abordaje integral de los objetos de trabajo, reconocidos cada vez más claramente como multidimensionales y complejos. Sobre esta simple idea se sostiene la frecuencia con que se habla de interdisciplinariedad. Las tres características -

¹ Conferencia dictada en el XIV Congreso Argentino de Psiquiatría de la APSA, el 25 de abril de 1998, con el título "Psicología, neurociencias y subjetividad", derivada de la investigación sobre "Función de exclusión del sujeto en producciones científicas contemporáneas" (UBACYT), dirigida por el autor.

hiperespecialización de las profesiones, búsqueda de interdisciplinariedad en los contextos laborales y complejidad de los objetos de trabajo- son entonces coexistentes y cooperantes unas con otras.

Una cuarta característica es la aceleración del desarrollo de sistemas, intersistemas y redes de sistemas. Como dato general destaquemos que el tipo de desarrollo socioeconómico y cultural que vivimos induce conexiones entre diversos sistemas que hasta ahora han podido funcionar relativamente separados unos de otros. Crece la búsqueda de articulaciones y complementaciones, por ejemplo, entre los sistemas prestacionales de salud, los sistemas de profesionalización, los sistemas educativos y los sistemas de producción científica. Se avanza hacia la constitución de una inmensa red intersistémica de la que ese intersistema que es Internet ofrece una imagen aproximada o primer modelo.

Refiero un quinto factor, que es la mayor focalización de la a-sistematicidad como problema. Llamo a-sistematicidad a la disfunción, a lo desregulado, a lo imprevisto, al desorden, al desperdicio, es decir: a todo aquello que no encaja, que no es útil o fecundo en cualquier sistema que se quiere armónico y productivo. Esta a-sistematicidad interesa especialmente porque permite incluir a la subjetividad, ya que una sexta característica a tener en cuenta será la extensión que adquiere en esta época la identificación de la subjetividad como foco de problematicidad.

En esta especie de “cibercultura” en que se convierte nuestro mundo la teleinformática parece ofrecer un medio privilegiado para hacer posible y operable una sistemática universal, de tipo reticular, en la que las interconexiones puedan potenciarse al límite. Una de las consecuencias es que el mapa del que forman parte las profesiones, las disciplinas, las ciencias, las diferentes prácticas sociales, etc., ya no se puede representar como un plano en superficie en el cual las diferentes regiones se localizan próximas o alejadas unas de otras. La novedad esencial es ahora que ningún lugar queda demasiado lejos de cualquier otro. Esto significa, lisa y llanamente, que cada uno de nosotros se encuentra situado de hecho, lo perciba o no, ante entrecruzamientos inéditos de ideas provenientes de esferas hasta hace poco completamente aisladas o lejanas entre sí.

El neologismo “hipertexto” refiere precisamente esta posibilidad, inmediata y extremada, de que las conexiones interteóricas e interdisciplinarias estén al alcance de la mano o, mejor dicho, de nuestra percepción y conciencia. Esta conciencia, agreguemos, no está naturalmente preparada para representarse las cosas de otra manera que al modo en que vemos una superficie: como un cuadro, que es un plano de dos dimensiones, o como una serie lineal de elementos, como es el caso de un texto común. Por otra parte, la contracara de la hipertextualidad es la torre de Babel, que en la Biblia es caracterizada como confusión de las lenguas y que se produce como consecuencia de la ambición de llegar al cielo, metafóricamente: de abarcarlo todo.

Uno de los resultados de esta “Babel intertextual” o “intertextualidad babélica” en la que estamos inmersos, es que la extensión y variedad de relaciones temáticas entre ámbitos diversos del pensamiento llevan, por ejemplo, a que el sentido de los términos de una disciplina se mezclen más fácilmente con los sentidos que esos mismos términos reciben en otras. Tanta “riqueza interactiva”, que según se suele suponer permite facilitarnos trabajo, no impide que éste se nos complique. Elementalmente: que la biblioteca universal quede al alcance de los ojos no equivale a que esté cabalmente a disposición de nuestro discernimiento, de modo que, por más rápido que ande nuestra computadora, no se puede acelerar de igual manera nuestro ingenio para compaginar el cúmulo de elementos que se nos pone delante.

Vivimos entonces en un macrosistema universalizante que, por una parte, potencia las interconexiones y, por otra, introduciendo y haciendo circular los pensamientos por distintos sistemas simbólicos, los aligera de sus significaciones originarias. Ello hace a la “desaparición de las significaciones, evanescencia casi completa de los valores”, señalados por Castoriadis, que afirma lo que él llama el “culto de lo efímero” y que deja como único valor en pie al dinero. Es también la desaparición actual de lo verdaderamente exótico, la pérdida de exotividad, observada por el antropólogo Marc Augé (Augé, 1994), asociada a una fragilización de los vínculos sociales. Esta aligeración del peso de los símbolos en cualquier subsistema parece correlativa de esta inclusión en la gran red donde todo se conecta con todo.

Estas observaciones tienen especial valor en las profesiones y disciplinas que llamamos “psi” (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, neurología, psicoterapias, etc.), en las que siempre tenemos particulares dificultades para definir perfiles profesionales y disciplinarios específicos. Uno de los puntos que merece ser tenido en cuenta ha sido notado por Hameline a propósito de la psicología. Este autor ha señalado lo siguiente: “Nadie disputa al físico sus átomos, ni sus sinapsis al neurofisiólogo: no son realidades de uso corriente. En cuanto al psicólogo, no tiene esa ventaja, él sólo puede hablar de cosas sobre las que todo el mundo pretende tener consciencia” (Hameline, 1970-1971). Efectivamente, la práctica empírica de la psicología entendida como arte de la vida cotidiana, la “psicología de la peluquera”, según se dice, nace y se desarrolla completamente ajena a la psicología propiamente científica. René Zazzo sugería, en este mismo sentido, que “somos psicólogos antes de ser psicólogos” (Zazzo, 1968). Esta particularidad, evidentemente, tampoco es ajena a los psiquiatras o a los neurólogos que, además de médicos, se puede decir que también son psicólogos antes de ser psiquiatras o neurólogos.

Estas peculiaridades de nuestras profesiones, sumadas a las de los mundos que vivimos, forman parte de las complejidades de nuestro campo. Aquí confluyen y coliden discursos diversos, configurando este contexto multifacético y polémico, ámbito rico y conflictivo en el que las tentativas, por un lado epistemológicas y por otro organizativas, de diferenciar y complementar disciplinas dejan habitualmente residuos. Constatamos, en resumidas cuentas, que es extremadamente difícil que las cosas lleguen a cuadrar o que lo hagan al menos con un grado razonable de estabilidad.

Los “residuos”..., aquí encontramos un cúmulo de asuntos que tienen un lugar central para nuestras profesiones. El desorden puede ser un residuo de sistemas que, por definición, suponen ordenamientos precisos. Se puede constatar que cuanto más extenso es un sistema, cuanto más universal se quiere, mayor es la acumulación de desperdicio, basura e inutilidad, cuya eliminación no se logra sino que coexiste, en forma más o menos evidente, más o menos escondida, con lo sistemáticamente ordenado. En términos económicos tales residuos pueden ser contabilizados como energías o recursos desperdiciados, como gastos no programados o infructíferos. Es también lo que hoy se describe en los estudios de sistemas y dinámicas no lineares como caos, que es un campo de investigación de actualidad.

Observemos que un sistema telemático como Internet, que maximiza el empleo racional de las comunicaciones, es colosalmente utilizado para actividades que para nada tienen que ver con productividad alguna, como se ve en esa extensísima colección de “sites” en la “Web” destinados al sexo: canales para perversos, asesinatos efectuados para su difusión en internet, “hot lines”, listas y canales de “chat” usados para comunicar

tonterías, etc.. Todo esto hace pensar que difícilmente el mundo vaya a prescindir de lo que tratan de hacer como mejor pueden psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, etc., etc..

Se trata, en líneas generales, de lo “a-sistemático”, que se destaca como problema que demanda atención en todos los terrenos, que surge como “corrupción” en los sistemas sociolegales, o como padecimientos psíquicos definidos como trastornos o desórdenes mentales en clasificaciones como el DSM4, o como síntoma en el mismo psicoanálisis, que tomó el término de la semiología médica. Se puede agregar, incluso, en una eventual psicopatología de la vida cotidiana, lo “inoportuno”, a menudo clara disrupción provocada por un sujeto que sólo pretende hacerse oír. Son ejemplos de que nuestras profesiones están llamadas a ocuparse de los residuos que dejan los ordenamientos sistemáticos de nuestro tiempo. Cualquiera de los profesionales de este campo trabaja bajo la expectativa sociocultural de que se dé un destino a aquello de los humanos que no encaja en los sistemas salvo como residuo, inutilidad o disfunción.

Muy probablemente los nuestros sean los campos donde se percibe con mayor evidencia las dificultades para ordenar las actividades humanas, incluyendo las científicas, en sistemas coherentes y abarcativos donde las cosas puedan acoplarse de manera armónica y racional, bien acomodadas con el rigor que exigen las ciencias. Por eso se espera de estas prácticas modernas que son las psicoterapias que contribuyan al menos a disminuir, si no a aprovechar, las perturbaciones anímicas, los trastornos mentales, los sexuales, los síntomas, los malestares tanto justificados como no justificados, los conflictos, llámense interpersonales, intersubjetivos o intrasubjetivos.

Seguramente no es ajeno a lo referido que el vasto campo de atención a los malestares humanos semeje a menudo un gran hormiguero dialéctico en el que se entremezclan un cúmulo de reflexiones, profesiones, disciplinas, teorías, opiniones y también disensos. Esta especie de Babel, sin embargo, no tiene por qué ser concebido como un inconveniente para el progreso de la ciencia, puesto que lo problemático y los obstáculos para el acuerdo son estímulos y motores de su desarrollo. Karl Popper, siendo muy crítico tanto con las modas intelectuales como con los apelativos a la autoridad y a las ortodoxias, ha subrayado que “el aumento del conocimiento depende por completo del desacuerdo” (Popper, 1994). De manera que la función de lo que no encaja en las racionalidades establecidas es esencialmente dinámica y estimula el trabajo racional mismo.

Tratamos habitualmente de presentar nuestras ideas tan bien argumentadas como nos sea posible. Esta aspiración, fundamental para las ciencias, ya estaba presente en la apetencia cartesiana por las “ideas claras y distintas”. Está además ese otro anhelo, que reconocemos también en Descartes, de encontrar certezas para la acción. Tal vez se encuentre aquí el principal motivo de nuestra actividad intelectual: el hecho de que nuestra ciencia mejor construida resulta siempre en algún punto insuficiente para sostener la certeza de la acción. Ilya Prigogine ha venido examinando la índole de las certezas ofrecidas por la racionalidad de las ciencias, y temas como el caos, la indeterminación y la complejidad le han servido para caracterizar lo que él llama una crisis de la aplicación del orden racional a lo humano (Prigogine, I. y Stengers, 1986). Vattimo, por su parte, ha señalado que el pensamiento de nuestra época muestra una vocación nihilista en el modo de concebir lo verdadero, afectando de manera singular la función del concepto de verdad en las ciencias (Vattimo, 1996). Hago estas referencias al solo propósito de enfatizar que estas problemáticas están al orden del día en los trasfondos culturales y epistémicos en los que vivimos y trabajamos.

En este marco general, Popper se ha ocupado de señalar que lo esencial para el avance de las ciencias no pasa por los recortes de campos que hacen los especialistas. Él piensa que lo característico de todo y cualquier conocimiento científico, inseparable de su racionalidad, es su limitación, su falsabilidad, que no se confunde con ninguna especialidad. Según Popper, en lo verdaderamente fundamental para las ciencias, no hay fronteras “entre” ellas. Las fronteras existentes son contingentes, se transforman, no se sostienen iguales a lo largo de la historia, de manera que las clasificaciones de las ciencias y sus competencias describen, básicamente, el estado de tratamiento de las cosas, en mayor o menor grado siempre fragmentario y limitado y, además, de las formas, también contingentes, en que nos distribuimos el trabajo.

En la medida en que las neurociencias, la psicología y otras disciplinas del campo “psi” poseen perfiles teóricos y epistemológicos diferentes y específicos, se trata en los terrenos profesionales de recortar, en correspondencia, objetos distintos para ser encarados con métodos y tecnologías también diferentes. Observamos, sin embargo, que en cada una de estas esferas se presta cada vez más atención a asuntos que son tratados en las otras. Es el caso, entre otros, del auge de investigaciones tanto psicológicas como neurológicas sobre las relaciones entre mente y cerebro, aunque en ellas los problemas que plantea la dimensión subjetiva todavía no han llegado a desplegarse en toda su amplitud.

Comento brevemente recientes investigaciones sobre neuroimágenes difundidas en un libro titulado “Images of mind” (Posner, M.I. y Raichle, 1994). Se trata, en pocas palabras, de explicar procesos mentales, cognitivos y otros, estudiando mediante técnicas tomográficas de última generación procesos neurobiológicos. En estas experiencias, por ejemplo, se bombardea el cerebro con positrones y se examinan mediante tomografías variaciones concomitantes al ejercicio de diferentes funciones mentales. Se trata de la aplicación de recursos tecnológicos inexistentes hasta hace muy poco, que han renovado las esperanzas de explicar procesos mentales a partir del estudio de materialidades definidas en términos neurológicos. Asuntos tales como, por ejemplo, las variaciones que existen en los procesos cerebrales cuando se utiliza la letra “A” (mayúscula) y la letra “a” (minúscula) pueden ser ahora estudiados.

Estas investigaciones con neuroimágenes trabajan, como se percibe, con la premisa de que es posible “leer” la mente de una persona estudiando su cerebro, y han dado lugar, junto al entusiasmo de importantes sectores de la comunidad científica internacional, a la reedición de intensos debates teóricos, epistemológicos y metodológicos. Recordemos al respecto que Freud, que antes de desarrollar el psicoanálisis había sido un joven neurocientífico destacado, nunca descartó la posibilidad de que la biología ofrezca en el futuro los fundamentos últimos de todo lo psíquico. De todas maneras, en su trabajo sobre las afasias ya señalaba que se habían sobreestimado las posibilidades de localizar con precisión en áreas corticales el origen de los trastornos del lenguaje y que se debía profundizar el estudio de los aspectos funcionales del sistema nervioso (Freud, 1891). No se trataba todavía del psicoanálisis, pero se preparaba el terreno para que la dimensión de lo que vendría a ser el inconsciente encontrara un lugar para instalarse. De todos modos, ningún lugar en el campo de la ciencia resulta definitivo. Freud, se insiste actualmente, nunca imaginó que la ciencia dispondría de los recursos con que hoy cuenta para avanzar.

Los científicos de hace un siglo, se hace notar también, ni siquiera se proponían investigar en ciertas direcciones porque técnicamente no era posible hacerlo. Los avances de la tecnología, sin embargo, no han sido capaces de contribuir a la resolución de los intrínquilos e impases que resultan de que los hombres son inseparables del mundo de las

significaciones. Estas cuestiones invitan a reflexionar, entre otras, sobre la influencia que tienen sobre las orientaciones científicas de cada época factores que, en rigor, son extracientíficos, entre ellos la fuerte influencia que tienen los recursos económicos y financieros para viabilizar proyectos de investigación. Estas variables entran a menudo en conflicto con motivos exclusivamente científicos en la elección de qué y cómo investigar.

La atención a estos problemas, aunque en sí misma no debe confundirse con las actividades de investigación en el interior de cada ciencia, es indispensable para que la búsqueda científica no se desdibuje en los hechos por el peso que adquiere la procura de beneficios de otros órdenes. Ésta es una faceta donde las cuestiones éticas, que están al orden del día en las polémicas a propósito de la ciencia actual, tienen una importancia crucial respecto ya no sólo de consecuencias sociales, humanas, culturales, etc, (extracientíficas, en fin) generadas por las ciencias, sino que afectan al desarrollo de la ciencia en sí misma.

En otras palabras: a pesar de que nuestra civilización pretende promover la ciencia y estimular una ilimitada libertad de investigación, la ciencia no progresa de hecho con libertad respecto de condicionamientos cabalmente extracientíficos. En la práctica de la ciencia no sólo se elige la racionalidad del método, también se elige a qué temas aplicarlo, corriéndose siempre el riesgo de confundir dimensiones distintas.

Hemos señalado en las investigaciones sobre neuroimágenes un terreno de confluencia de neurocientíficos y psicólogos. Por otra parte, se observa en los centros académicos, universitarios y de investigación de los países más avanzados en materia de ciencias, que se intensifica la diversificación de la psicología en nuevas áreas y subáreas. La nueva generación de psicólogos científicos se manifiesta capacitada para producir excelentes experimentos en temas de sumo detalle. Siendo “hiperespecializada”, parece estar cada vez más y mejor preparada en el ejercicio de los métodos y recursos tecnológicos más actuales de la ciencia. Han proliferado los “journals” altamente especializados y, en forma correlativa, pierden interés las publicaciones sobre tópicos generales o históricos.

En la mayor parte de los países la última generación de psicólogos investigadores han aumentado su competitividad en el sistema científico global, aunque se han mostrado menos fértiles en los debates sobre los problemas de la cultura y de las sociedades en la civilización actual. Algunos destacados psicólogos han comenzado a llamar la atención sobre el poco interés que los nuevos especialistas tienen en lo que sucede en áreas de la psicología que no son las propias. No se interesan cuanto deberían, piensan, por los problemas generales de la disciplina ni están suficientemente informados sobre su historia.

La perspectiva más extendida entre los psicólogos de los países centrales, en forma tal que para una lectura ligera puede resultar paradójica, supone que no hay diferencias epistemológicas básicas entre psicología y neurociencias. Parece cumplirse el vaticinio de Henri Piéron a comienzos de siglo: “el día en que el progreso de la psicología exprese de manera adecuada las modalidades del comportamiento, la psicología científica perderá individualidad, del mismo modo en que la fisiología ingresará un día, por completo, en el dominio de la química; y la propia química encontrará en la física el dominio matemático que le posibilitará, en la unidad armónica de sus formas, expresar la diversidad aparente de las formas naturales” (Piéron, 1908).

¿De qué se trata en esta aparente contradicción entre la marcada diversificación e hiperespecialización que hemos referido y la afirmación de la psicología como ciencia al modo de las neurociencias?. Hay que advertir la correlación con el predominio de las ciencias físico-químicas y biológicas en los paradigmas de la ciencia actual. ¿A qué se debe

este predominio? Entre los factores a considerar no faltan los propiamente extracientíficos ya mencionados y algunos otros.

Si bien la aludida indiferenciación de la psicología ha resultado correlativa a la reducción de su objeto a uno físicoquímico, éste ha sido solamente uno de los polos entre los que ha oscilado toda la historia de la disciplina. La historia de la psicología muestra, en efecto, que hasta ahora no se ha detenido ese movimiento pendular entre la afirmación de la psicología científica bajo alguna forma de reducción de su objeto y la búsqueda de recuperación de lo que era dejado de lado. Esta última se ha venido produciendo desde los comienzos de la disciplina, sea como psicología humanística, como señalaba Lagache en la década del 70, sea como psicología fenomenológica en el caso de Sartre, Merleau Ponty y otros, o como psicología concreta, como es el caso de Politzer en los años 20, o en la psicología genética de Piaget y algunas otras entre las que se podrá incluir al psicoanálisis que, como sabemos, puso especial atención en lo que llamamos la dimensión subjetiva.

La historia de la psicología está plagada de sucesivos esfuerzos por resolver este problema que se plantea como fundacional de la misma disciplina y que se resume diciendo que cuando más ha logrado afirmarse como científica, más se ha reclamado que dejaba de lado lo esencial del ser humano. Es efectivamente así desde que la psicología se constituyó con Wundt como una ciencia natural más (Wundt, 1862). El más robusto positivismo orientaba entonces el progreso de las ciencias. Augusto Comte había negado poco antes la posibilidad de una ciencia del sujeto. La idea era que ninguna forma de introspección podía ser fuente de conocimientos científicamente válidos, puesto que la observación del espíritu por sí mismo sólo puede ser una ilusión. Sólo podía ser válida la observación externa al individuo, de manera que la psicología, para ser ciencia, debía renunciar a tomar al sujeto como objeto, ocupándose, en todo caso, de la naturaleza ya sea biofisiológica, ya sea social, del ser humano (Comte, 1830).

En verdad, la psicología de hoy no ha escapado de aquel planteo. En efecto, si bien se han multiplicado las áreas y subáreas disciplinarias y han acabado por inscribirse en ella distintas maneras de concebir su objeto y desarrollado distintos métodos, la psicología contemporánea es predominantemente “biotrópica”, orientándose hacia las ciencias biológicas, neurociencias especialmente, o es predominantemente “sociotrópica”, orientándose hacia las sociologías, la crítica de las ideologías, los constructivismos, la hermenéutica, etc.. En el medio, o a un lado, según se mire, queda la problemática subjetividad, a la que si bien hoy se le concede algún lugar en la vertiente que llamamos “sociotrópica”, nueva heredera además de humanismos diversos, no goza de una buena mirada desde la psicología científica. Prima la idea de que se trata de dimensiones cercanas a la metafísica que deberían tratar con más pertinencia la filosofía o la antropología filosófica, siempre dispuestas a reflexiones sobre la condición humana, o al discurso literario, más apto para expresar las singularidades laberínticas de las personas. Pero estudiar al sujeto, sobre todo cuando tiene la función no de investigado sino de investigador, parece en sí mismo contradictorio. Sólo el psicoanálisis ha acometido esta tarea, que exigía dar cuenta de las paradojas con que se encuentra la ciencia al pensar “su sujeto” (Lacan, 1960), aunque se haya mantenido en buena medida marginal respecto de la comunidad psicológica internacional.

El atolladero epistemológico, sin embargo, se sigue reconociendo en la psicología, revelándose de diversas formas. Últimamente tratan de zanjarlo, entre otras, algunas orientaciones de la psicología social que se ocupan del “yo” y del “sí mismo” que revisan los paradigmas científicos que subtienden las ciencias sociales (Gergen, 1991). De todos

modos, parece haber mucho camino a recorrer en temas que reeditan problemas que tienen que ver no sólo con la ciencia, sino con el hombre que la hace y que, como bien sabemos, no sólo hace aquello que le impone la razón. No hay por qué suponer, por otra parte, que el hombre sea realmente capaz de garantizar la razón. De allí que algunos consideren, laicamente, que “Dios” constituye una necesidad lógica para sostener la atadura de los humanos a la ciencia.

Pero volvamos a nuestras profesiones, en las que nos preguntamos cuánto y qué hacemos con las ciencias, específicamente con las neurociencias y con las psicologías. No sólo eso, una de las peculiaridades de nuestras profesiones es que los “objetos empíricos” con los que trabajamos presentan el inconveniente de que pretenden convertirse en “sujetos”. Esto sólo puede suceder en profesiones que aplican desarrollos de las ciencias a la atención de cuestiones humanas, porque sólo en estos casos podemos ser solicitados, interpelados y cuestionados desde el terreno mismo en que se encuentra el tal “objeto” sobre el que trabajamos. Es obvio que es el caso del psicoanálisis, pero no lo es más que el de la psiquiatría, el de la psicología o incluso el de la medicina general.

Alcanza con que nos hablen, con que nos dirijan la palabra desde el lugar que atendemos o estudiamos, para que las cosas se compliquen. No podría ser el caso de la astronomía ni el de la bioquímica, ya que no es imaginable que los planetas nos pidan correcciones de lo que observa el telescopio Hubble o que los genes se rebelen porque los clonamos. Tampoco es posible que un hígado haga una presentación judicial por mala praxis. Las interpelaciones, éticas u otras, sólo pueden provenir de los sujetos, sujetos parlantes, evidentemente, no de los genes, no del hígado.

Es interesante la problemática que se abre aquí respecto a los objetos empíricos de las neurociencias y de la psicología científica. Si el objeto es la conducta, o un proceso cognitivo como la memoria, o el lenguaje, o una actividad electromiográfica, o la actividad de un neurotransmisor, él simplemente se comporta, o se modifica, o varía, o no varía, pero no se dirige a nosotros, no nos interpela. El objeto de la ciencia debe mantenerse independiente del neurocientífico o del psicólogo científico.

Se espera que el investigador realice su tarea conforme a procedimientos independientes de las variaciones del objeto. Todo esto se puede hacer mientras los sujetos no interfieran, que no es lo que sucede en la clínica real de los psiquiatras, de los psicólogos clínicos, de los neurólogos en la clínica, de los psicoanalistas, etc.. En estos casos, el profesional tiene una tarea que no es idéntica a la del investigador científico puesto que no tiene más remedio que agregar al registro objetivo de los datos dimensiones que incluso pueden entrar en colisión con ellos.

Las cosas se complican de manera original en la realidad clínica. Sabemos que entramos en terrenos donde los conocimientos que hemos acumulado, por más vastos y actualizados que sean, nunca están “ready made”, o al menos nunca lo están del todo, para resolver los problemas que plantean los sujetos. Un proceso de melancolización suicida, por ejemplo, requiere ineludiblemente tomar una serie de pequeñas o grandes decisiones en la interlocución con el sujeto atendiendo a dimensiones, por ejemplo, religiosas o morales que, si no son consideradas, pueden conducir a la interrupción del vínculo con el profesional precipitando una decisión fatal.

Curiosamente, estas reflexiones parecen llevarnos a que es precisamente en el terreno de lo subjetivo donde compartimos cosas comunes todos los que prestamos atención a síntomas, trastornos, disfunciones, malestares, dolores, sufrimientos humanos, en fin. La clínica real enseña que la decisión de interrumpir un tratamiento, de cambiar de

médico, de negarse a un nuevo estudio, de rechazar un medicamento, etc., es con frecuencia resultado de momentos que se presentan al profesional como precipitaciones ya sean imprevistas o insalvables.

Los tiempos reales en que se efectúa la atención médica o psicológica (sus momentos, secuencias, duraciones, ritmos, detenciones, reinicios, periodicidades, etc.) son habitualmente afectados por variables ajenas a la cronología ordenada de la investigación médica o psicológica o del planeamiento racional más preciso. La interrupción subjetiva -es decir: la interferencia del sujeto- es una variable esencial que resiste repetitivamente la aplicación de la pura razón científica en el sentido de lo puramente calculable. Además la resiste, agreguemos, de una manera en que, si no es escuchada con suficiente propiedad, la misma razón científica puede operar en forma iatrogénica.

Para concluir: se advierte en qué sentido la función del sujeto se manifiesta en los campos de la psicología y de las neurociencias. Más allá de las distinciones que se planteen en el plano epistemológico, teórico conceptual, el clínico se sitúa respecto a ellas en un terreno de interlocuciones vinculares, inseparables de los contextos donde los recursos científicos son puestos a funcionar.

Bibliografía:

1. Augé, Marc, El sentido de los otros, Madrid, Paidós, 1994.
2. Bernard, M., "A psicología", y Verdenal, R., "La filosofía positiva de Augusto Comte", en Châtelet, F., História da filosofia, idéias, doutrinas, Vol.7 y 5, Rio de Janeiro, Zahar, 1981.
3. Freud, S., La afasia, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
4. Gergen, K., El yo saturado, Barcelona, Paidós, 1992.
5. Hameline, D., "Cent ans de psychologie scientifique", en Bulletin de Psychologie, 1970-1971, XXIV, 5-6., pp. 242-252.
6. Lacan, J., "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien", en Écrits, Paris, Éd. du Seuil, 1966.
7. Piéron, H., Traité de psychologie appliquée, P.U.F., 7 vols.
8. Piéron, H., Vocabulaire de la psychologie, P.U.F.
9. Popper, Karl, El mito del marco común, Madrid, Paidós, 1997.
10. Posner, M.I. y Raichle, M.E, Images of mind, Scientific American Library, Freeman, 1994.
11. Prigogine, I. y Stengers, I., La nouvelle alliance. Metamorphose de la science, Paris, Gallimard, 1986.
12. Vattimo, Gianni, Más allá de la interpretación, Buenos Aires, Paidós, 1996.
13. Zazzo, R., Conduites et conscience, Ed. Delachaux et Niestlé, t. II, 1968.

XX

* Conferencia dictada en el XIV Congreso Argentino de Psiquiatría de la APSA, el 25 de abril de 1998, con el título "Psicología, neurociencias y subjetividad", derivada de la investigación sobre "Función de exclusión del sujeto en producciones científicas contemporáneas" (UBACYT N°), dirigida por el autor.

Nuevo título a proponer:

"La subjetividad en la psiquiatría: aspectos de la intersección con las **neurociencias y la psicología**"

"Psiquiatría y exclusión del sujeto: aspectos de la intersección con las **neurociencias y la psicología**"

o "Psiquiatría y subjetividad: aspectos de la intersección con las **neurociencias y la psicología**"

Raúl Courel.

Partamos de que la psiquiatría es, como se dice usualmente, una profesión del campo de la salud mental: una especialidad médica que se ocupa de las enfermedades mentales. Como profesión, es un campo de aplicación de saberes que tienen distintas procedencias y que son de diferentes tipos.

En estos tiempos, la casi totalidad de los conocimientos que se aplican en las profesiones en general, aquellos explícitamente reconocidos como conocimientos, provienen de las ciencias. Sin embargo, no todos los saberes que se aplican en las prácticas profesionales son científicos, ni tampoco todos están explícitamente formulados como saberes, principalmente porque no todos están escritos y porque incluso algunos no podrían ser escritos. Por ejemplo: las actitudes, que estudia la psicología y que no son saberes, tienen importancia clave en el éxito o fracaso del accionar profesional.

Además de la diferencia entre, por un lado, las profesiones, en este caso la psiquiatría, y los saberes que la nutren, hay que subrayar que el profesional no es un mero vehículo o aplicante neutro de conocimientos, métodos, técnicas o criterios preformados, sino que él mismo, necesariamente, efectúa una reelaboración singular de esos saberes en la que cooperan elementos que, a su vez, son de distintos órdenes y procedencias. En lo que termina siendo la índole concreta de una práctica profesional -el perfil profesional real- intervienen entonces factores muy heterogéneos entre los que no es para nada menor lo que cada profesional aporta o agrega de sí a la formación recibida. En aquello que él hace, elige o construye cuenta incluso el elemento creativo o inventivo que necesariamente tiene su lugar.

Los mundos profesionales actuales tienden a la hiperespecialización, a la vez que se incrementa la búsqueda de cooperación y complementación interdisciplinaria. Al mismo tiempo se acentúa el reconocimiento de que los objetos reales y concretos de trabajo poseen una índole altamente compleja y multidimensional. Mientras la especialización -se piensa- fragmenta las realidades, se espera de la cooperación entre distintos especialistas la posibilidad de un abordaje integral de los objetos de trabajo, reconocidos cada vez más claramente como multidimensionales y complejos. Sobre esta simple idea se sostiene la frecuencia con que se habla de interdisciplinaria. Las tres características -hiperespecialización de las profesiones, búsqueda de interdisciplinaria en los contextos laborales y complejidad de los objetos de trabajo- son entonces coexistentes y cooperantes unas con otras.

Una cuarta característica es la aceleración del desarrollo de sistemas, intersistemas y redes de sistemas. Como dato general destaquemos que el tipo de desarrollo socioeconómico y cultural que vivimos induce conexiones entre diversos sistemas que hasta ahora han podido funcionar relativamente separados unos de otros. Crece la búsqueda de articulaciones y complementaciones, por ejemplo, entre los sistemas prestacionales de salud, los sistemas de profesionalización, los sistemas educativos y los sistemas de producción científica. Se avanza hacia la constitución de una inmensa red intersistémica de la que ese intersistema que es Internet ofrece una imagen aproximada o primer modelo.

Refiero un quinto factor, que es la mayor focalización de la a-sistematicidad como problema. Llamo a-sistematicidad a la disfunción, a lo desregulado, a lo imprevisto, al desorden, al desperdicio, es decir: a todo aquello que no encaja, que no es útil o fecundo en cualquier sistema que se quiere armónico y productivo. Esta a-sistematicidad interesa especialmente porque permite incluir a la subjetividad, ya que una sexta característica a

tener en cuenta será la extensión que adquiere en esta época la identificación de la subjetividad como foco de problematización.

En esta especie de "cibercultura" en que se convierte nuestro mundo la teleinformática parece ofrecer un medio privilegiado para hacer posible y operable una sistemática universal, de tipo reticular, en la que las interconexiones puedan potenciarse al límite. Una de las consecuencias es que el mapa del que forman parte las profesiones, las disciplinas, las ciencias, las diferentes prácticas sociales, etc., ya no se puede representar como un plano en superficie en el cual las diferentes regiones se localizan próximas o alejadas unas de otras. La novedad esencial es ahora que ningún lugar queda demasiado lejos de cualquier otro. Esto significa, lisa y llanamente, que cada uno de nosotros se encuentra situado de hecho, lo perciba o no, ante entrecruzamientos inéditos de ideas provenientes de esferas hasta hace poco completamente aisladas o lejanas entre sí.

El neologismo "hipertexto" refiere precisamente esta posibilidad, inmediata y extremada, de que las conexiones interteóricas e interdisciplinarias estén al alcance de la mano o, mejor dicho, de nuestra percepción y conciencia. Esta conciencia, agreguemos, no está naturalmente preparada para representarse las cosas de otra manera que al modo en que vemos una superficie: como un cuadro, que es un plano de dos dimensiones, o como una serie lineal de elementos, como es el caso de un texto común. Por otra parte, la contracara de la hipertextualidad es la torre de Babel, que en la Biblia es caracterizada como confusión de las lenguas y que se produce como consecuencia de la ambición de llegar al cielo, metafóricamente: de abarcarlo todo.

Uno de los resultados de esta "Babel intertextual" o "intertextualidad babélica" en la que estamos inmersos, es que la extensión y variedad de relaciones temáticas entre ámbitos diversos del pensamiento llevan, por ejemplo, a que el sentido de los términos de una disciplina se mezclen más fácilmente con los sentidos que esos mismos términos reciben en otras. Tanta "riqueza interactiva", que según se suele suponer permite facilitarnos trabajo, no impide que éste se nos complique. Elementalmente: que la biblioteca universal quede al alcance de los ojos no equivale a que esté cabalmente a disposición de nuestro discernimiento, de modo que, por más rápido que ande nuestra computadora, no se puede acelerar de igual manera nuestro ingenio para compaginar el cúmulo de elementos que se nos pone delante.

Vivimos entonces en un macrosistema universalizante que, por una parte, potencia las interconexiones y, por otra, introduciendo y haciendo circular los pensamientos por distintos sistemas simbólicos, los aligera de sus significaciones originarias. Ello hace a la "desaparición de las significaciones, evanescencia casi completa de los valores", señalados por Castoriadis, que afirma lo que él llama el "culto de lo efímero" y que deja como único valor en pie al dinero. Es también la desaparición actual de lo verdaderamente exótico, la pérdida de exotividad, observada por el antropólogo Marc Augé (Augé, 1994), asociada a una fragilización de los vínculos sociales. Esta aligeración del peso de los símbolos en cualquier subsistema parece correlativa de esta inclusión en la gran red donde todo se conecta con todo.

Estas observaciones tienen especial valor en las profesiones y disciplinas que llamamos "psi" (psicología, psiquiatría, psicoanálisis, neurología, psicoterapias, etc.), en las que siempre tenemos particulares dificultades para definir perfiles profesionales y disciplinarios específicos. Uno de los puntos que merece ser tenido en cuenta ha sido notado por Hameline a propósito de la psicología. Este autor ha señalado lo siguiente: "Nadie disputa al físico sus átomos, ni sus sinapsis al neurofisiólogo: no son realidades de uso corriente. En cuanto al psicólogo, no tiene esa ventaja, él sólo puede hablar de cosas sobre las que todo el mundo pretende tener conciencia" (Hameline, 1970-1971). Efectivamente, la práctica empírica de la psicología entendida como arte de la vida cotidiana, la "psicología de la peluquera", según se dice, nace y se desarrolla completamente ajena a la psicología propiamente científica. René Zazzo sugería, en este mismo sentido, que "somos psicólogos antes de ser psicólogos" (Zazzo, 1968). Esta particularidad, evidentemente, tampoco es ajena a los psiquiatras o a los neurólogos que, además de médicos, se puede decir que también son psicólogos antes de ser psiquiatras o neurólogos.

Estas peculiaridades de nuestras profesiones, sumadas a las de los mundos que vivimos, forman parte de las complejidades de nuestro campo. Aquí confluyen y coliden discursos diversos, configurando este contexto multifacético y polémico, ámbito rico y conflictivo en el que las tentativas, por un lado epistemológicas y por otro organizativas, de diferenciar y complementar disciplinas dejan habitualmente residuos. Constatamos, en resumidas cuentas, que es extremadamente difícil que las cosas lleguen a cuadrar o que lo hagan al menos con un grado razonable de estabilidad.

Los "residuos"..., aquí encontramos un cúmulo de asuntos que tienen un lugar central para nuestras profesiones. El desorden puede ser un residuo de sistemas que, por definición, suponen ordenamientos precisos. Se puede constatar que cuanto más extenso es un sistema, cuanto más universal se quiere, mayor es la acumulación de desperdicio, basura e inutilidad, cuya eliminación no se logra sino que coexiste, en forma más o

menos evidente, más o menos escondida, con lo sistemáticamente ordenado. En términos económicos tales residuos pueden ser contabilizados como energías o recursos desperdiciados, como gastos no programados o infructíferos. Es también lo que hoy se describe en los estudios de sistemas y dinámicas no lineares como caos, que es un campo de investigación de actualidad.

Observemos que un sistema telemático como Internet, que maximiza el empleo racional de las comunicaciones, es colosalmente utilizado para actividades que para nada tienen que ver con productividad alguna, como se ve en esa extensísima colección de "sites" en la "Web" destinados al sexo: canales para perversos, asesinatos efectuados para su difusión en internet, "hot lines", listas y canales de "chat" usados para comunicar tonterías, etc.. Todo esto hace pensar que difícilmente el mundo vaya a prescindir de lo que tratan de hacer como mejor pueden psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas, etc., etc..

Se trata, en líneas generales, de lo "a-sistemático", que se destaca como problema que demanda atención en todos los terrenos, que surge como "corrupción" en los sistemas sociolegales, o como padecimientos psíquicos definidos como trastornos o desórdenes mentales en clasificaciones como el DSM4, o como síntoma en el mismo psicoanálisis, que tomó el término de la semiología médica. Se puede agregar, incluso, en una eventual psicopatología de la vida cotidiana, lo "inoportuno", a menudo clara disrupción provocada por un sujeto que sólo pretende hacerse oír. Son ejemplos de que nuestras profesiones están llamadas a ocuparse de los residuos que dejan los ordenamientos sistemáticos de nuestro tiempo. Cualquiera de los profesionales de este campo trabaja bajo la expectativa sociocultural de que se dé un destino a aquello de los humanos que no encaja en los sistemas salvo como residuo, inutilidad o disfunción.

Muy probablemente los nuestros sean los campos donde se percibe con mayor evidencia las dificultades para ordenar las actividades humanas, incluyendo las científicas, en sistemas coherentes y abarcativos donde las cosas puedan acoplarse de manera armónica y racional, bien acomodadas con el rigor que exigen las ciencias. Por eso se espera de estas prácticas modernas que son las psicoterapias que contribuyan al menos a disminuir, si no a aprovechar, las perturbaciones anímicas, los trastornos mentales, los sexuales, los síntomas, los malestares tanto justificados como no justificados, los conflictos, llámense interpersonales, intersubjetivos o intrasubjetivos.

Seguramente no es ajeno a lo referido que el vasto campo de atención a los malestares humanos semeje a menudo un gran hormiguero dialéctico en el que se entremezclan un cúmulo de reflexiones, profesiones, disciplinas, teorías, opiniones y también disensos. Esta especie de Babel, sin embargo, no tiene por qué ser concebido como un inconveniente para el progreso de la ciencia, puesto que lo problemático y los obstáculos para el acuerdo son estímulos y motores de su desarrollo. Karl Popper, siendo muy crítico tanto con las modas intelectuales como con los apelativos a la autoridad y a las ortodoxias, ha subrayado que "el aumento del conocimiento depende por completo del desacuerdo" (Popper, 1994). De manera que la función de lo que no encaja en las racionalidades establecidas es esencialmente dinámica y estimula el trabajo racional mismo.

Tratamos habitualmente de presentar nuestras ideas tan bien argumentadas como nos sea posible. Esta aspiración, fundamental para las ciencias, ya estaba presente en la apetencia cartesiana por las "ideas claras y distintas". Está además ese otro anhelo, que reconocemos también en Descartes, de encontrar certezas para la acción. Tal vez se encuentre aquí el principal motivo de nuestra actividad intelectual: el hecho de que nuestra ciencia mejor construida resulta siempre en algún punto insuficiente para sostener la certeza de la acción. Ilya Prigogine ha venido examinando la índole de las certezas ofrecidas por la racionalidad de las ciencias, y temas como el caos, la indeterminación y la complejidad le han servido para caracterizar lo que él llama una crisis de la aplicación del orden racional a lo humano (Prigogine, I. y Stengers, 1986). Vattimo, por su parte, ha señalado que el pensamiento de nuestra época muestra una vocación nihilista en el modo de concebir lo verdadero, afectando de manera singular la función del concepto de verdad en las ciencias (Vattimo, 1996). Hago estas referencias al solo propósito de enfatizar que estas problemáticas están al orden del día en los trasfondos culturales y epistémicos en los que vivimos y trabajamos.

En este marco general, Popper se ha ocupado de señalar que lo esencial para el avance de las ciencias no pasa por los recortes de campos que hacen los especialistas. Él piensa que lo característico de todo y cualquier conocimiento científico, inseparable de su racionalidad, es su limitación, su falsabilidad, que no se confunde con ninguna especialidad. Según Popper, en lo verdaderamente fundamental para las ciencias, no hay fronteras "entre" ellas. Las fronteras existentes son contingentes, se transforman, no se sostienen iguales a lo largo de la historia, de manera que las clasificaciones de las ciencias y sus competencias describen, básicamente, el estado de tratamiento de las cosas, en mayor o menor grado siempre fragmentario y limitado y, además, de las formas, también contingentes, en que nos distribuimos el trabajo.

En la medida en que las neurociencias, la psicología y otras disciplinas del campo "psi" poseen perfiles teóricos y epistemológicos diferentes y específicos, se trata en los terrenos profesionales de recortar, en correspondencia, objetos distintos para ser encarados con métodos y tecnologías también diferentes. Observamos, sin embargo, que en cada una de estas esferas se presta cada vez más atención a asuntos que son tratados en las otras. Es el caso, entre otros, del auge de investigaciones tanto psicológicas como neurológicas sobre las relaciones entre mente y cerebro, aunque en ellas los problemas que plantea la dimensión subjetiva todavía no han llegado a desplegarse en toda su amplitud.

Comento brevemente recientes investigaciones sobre neuroimágenes difundidas en un libro titulado "Images of mind" (Posner, M.I. y Raichle, 1994). Se trata, en pocas palabras, de explicar procesos mentales, cognitivos y otros, estudiando mediante técnicas tomográficas de última generación procesos neurobiológicos. En estas experiencias, por ejemplo, se bombardea el cerebro con positrones y se examinan mediante tomografías variaciones concomitantes al ejercicio de diferentes funciones mentales. Se trata de la aplicación de recursos tecnológicos inexistentes hasta hace muy poco, que han renovado las esperanzas de explicar procesos mentales a partir del estudio de materialidades definidas en términos neurológicos. Asuntos tales como, por ejemplo, las variaciones que existen en los procesos cerebrales cuando se utiliza la letra "A" (mayúscula) y la letra "a" (minúscula) pueden ser ahora estudiados.

Estas investigaciones con neuroimágenes trabajan, como se percibe, con la premisa de que es posible "leer" la mente de una persona estudiando su cerebro, y han dado lugar, junto al entusiasmo de importantes sectores de la comunidad científica internacional, a la reedición de intensos debates teóricos, epistemológicos y metodológicos. Recordemos al respecto que Freud, que antes de desarrollar el psicoanálisis había sido un joven neurocientífico destacado, nunca descartó la posibilidad de que la biología ofrezca en el futuro los fundamentos últimos de todo lo psíquico. De todas maneras, en su trabajo sobre las afasias ya señalaba que se habían sobreestimado las posibilidades de localizar con precisión en áreas corticales el origen de los trastornos del lenguaje y que se debía profundizar el estudio de los aspectos funcionales del sistema nervioso (Freud, 1891). No se trataba todavía del psicoanálisis, pero se preparaba el terreno para que la dimensión de lo que vendría a ser el inconsciente encontrara un lugar para instalarse. De todos modos, ningún lugar en el campo de la ciencia resulta definitivo. Freud, se insiste actualmente, nunca imaginó que la ciencia dispondría de los recursos con que hoy cuenta para avanzar.

Los científicos de hace un siglo, se hace notar también, ni siquiera se proponían investigar en ciertas direcciones porque técnicamente no era posible hacerlo. Los avances de la tecnología, sin embargo, no han sido capaces de contribuir a la resolución de los intrínquilos e impasses que resultan de que los hombres son inseparables del mundo de las significaciones. Estas cuestiones invitan a reflexionar, entre otras, sobre la influencia que tienen sobre las orientaciones científicas de cada época factores que, en rigor, son extracientíficos, entre ellos la fuerte influencia que tienen los recursos económicos y financieros para viabilizar proyectos de investigación. Estas variables entran a menudo en conflicto con motivos exclusivamente científicos en la elección de qué y cómo investigar.

La atención a estos problemas, aunque en sí misma no debe confundirse con las actividades de investigación en el interior de cada ciencia, es indispensable para que la búsqueda científica no se desdibuje en los hechos por el peso que adquiere la procura de beneficios de otros órdenes. Ésta es una faceta donde las cuestiones éticas, que están al orden del día en las polémicas a propósito de la ciencia actual, tienen una importancia crucial respecto ya no sólo de consecuencias sociales, humanas, culturales, etc, (extracientíficas, en fin) generadas por las ciencias, sino que afectan al desarrollo de la ciencia en sí misma.

En otras palabras: a pesar de que nuestra civilización pretende promover la ciencia y estimular una ilimitada libertad de investigación, la ciencia no progresa de hecho con libertad respecto de condicionamientos cabalmente extracientíficos. En la práctica de la ciencia no sólo se elige la racionalidad del método, también se elige a qué temas aplicarlo, corriéndose siempre el riesgo de confundir dimensiones distintas.

Hemos señalado en las investigaciones sobre neuroimágenes un terreno de confluencia de neurocientíficos y psicólogos. Por otra parte, se observa en los centros académicos, universitarios y de investigación de los países más avanzados en materia de ciencias, que se intensifica la diversificación de la psicología en nuevas áreas y subáreas. La nueva generación de psicólogos científicos se manifiesta capacitada para producir excelentes experimentos en temas de sumo detalle. Siendo "hiperespecializada", parece estar cada vez más y mejor preparada en el ejercicio de los métodos y recursos tecnológicos más actuales de la ciencia. Han proliferado los "journals" altamente especializados y, en forma correlativa, pierden interés las publicaciones sobre tópicos generales o históricos.

En la mayor parte de los países la última generación de psicólogos investigadores han aumentado su competitividad en el sistema científico global, aunque se han mostrado menos fértiles en los debates sobre los problemas de la cultura y de las sociedades en la civilización actual. Algunos destacados psicólogos han comenzado a llamar la atención sobre el poco interés que los nuevos especialistas tienen en lo que sucede en áreas de la psicología que no son las propias. No se interesan cuanto deberían, piensan, por los problemas generales de la disciplina ni están suficientemente informados sobre su historia.

La perspectiva más extendida entre los psicólogos de los países centrales, en forma tal que para una lectura ligera puede resultar paradójica, supone que no hay diferencias epistemológicas básicas entre psicología y neurociencias. Parece cumplirse el vaticinio de Henri Piéron a comienzos de siglo: "el día en que el progreso de la psicología exprese de manera adecuada las modalidades del comportamiento, la psicología científica perderá individualidad, del mismo modo en que la fisiología ingresará un día, por completo, en el dominio de la química; y la propia química encontrará en la física el dominio matemático que le posibilitará, en la unidad armónica de sus formas, expresar la diversidad aparente de las formas naturales" (Piéron, 1908).

¿De qué se trata en esta aparente contradicción entre la marcada diversificación e hiperespecialización que hemos referido y la afirmación de la psicología como ciencia al modo de las neurociencias?. Hay que advertir la correlación con el predominio de las ciencias físico-químicas y biológicas en los paradigmas de la ciencia actual. ¿A qué se debe este predominio? Entre los factores a considerar no faltan los propiamente extracientíficos ya mencionados y algunos otros.

Si bien la aludida indiferenciación de la psicología ha resultado correlativa a la reducción de su objeto a uno físico-químico, éste ha sido solamente uno de los polos entre los que ha oscilado toda la historia de la disciplina. La historia de la psicología muestra, en efecto, que hasta ahora no se ha detenido ese movimiento pendular entre la afirmación de la psicología científica bajo alguna forma de reducción de su objeto y la búsqueda de recuperación de lo que era dejado de lado. Esta última se ha venido produciendo desde los comienzos de la disciplina, sea como psicología humanística, como señalaba Lagache en la década del 70, sea como psicología fenomenológica en el caso de Sartre, Merleau Ponty y otros, o como psicología concreta, como es el caso de Politzer en los años 20, o en la psicología genética de Piaget y algunas otras entre las que se podrá incluir al psicoanálisis que, como sabemos, puso especial atención en lo que llamamos la dimensión subjetiva.

La historia de la psicología está plagada de sucesivos esfuerzos por resolver este problema que se plantea como fundacional de la misma disciplina y que se resume diciendo que cuando más ha logrado afirmarse como científica, más se ha reclamado que dejaba de lado lo esencial del ser humano. Es efectivamente así desde que la psicología se constituyó con Wundt como una ciencia natural más (Wundt, 1862). El más robusto positivismo orientaba entonces el progreso de las ciencias. Augusto Comte había negado poco antes la posibilidad de una ciencia del sujeto. La idea era que ninguna forma de introspección podía ser fuente de conocimientos científicamente válidos, puesto que la observación del espíritu por sí mismo sólo puede ser una ilusión. Sólo podía ser válida la observación externa al individuo, de manera que la psicología, para ser ciencia, debía renunciar a tomar al sujeto como objeto, ocupándose, en todo caso, de la naturaleza ya sea biofisiológica, ya sea social, del ser humano (Comte, 1830).

En verdad, la psicología de hoy no ha escapado de aquel planteo. En efecto, si bien se han multiplicado las áreas y subáreas disciplinarias y han acabado por inscribirse en ella distintas maneras de concebir su objeto y desarrollado distintos métodos, la psicología contemporánea es predominantemente "biotrópica", orientándose hacia las ciencias biológicas, neurociencias especialmente, o es predominantemente "sociotrópica", orientándose hacia las sociologías, la crítica de las ideologías, los constructivismos, la hermenéutica, etc.. En el medio, o a un lado, según se mire, queda la problemática subjetividad, a la que si bien hoy se le concede algún lugar en la vertiente que llamamos "sociotrópica", nueva heredera además de humanismos diversos, no goza de una buena mirada desde la psicología científica. Prima la idea de que se trata de dimensiones cercanas a la metafísica que deberían tratar con más pertinencia la filosofía o la antropología filosófica, siempre dispuestas a reflexiones sobre la condición humana, o al discurso literario, más apto para expresar las singularidades laberínticas de las personas. Pero estudiar al sujeto, sobre todo cuando tiene la función no de investigado sino de investigador, parece en sí mismo contradictorio. Sólo el psicoanálisis ha acometido esta tarea, que exigía dar cuenta de las paradojas con que se encuentra la ciencia al pensar "su sujeto" (Lacan, 1960), aunque se haya mantenido en buena medida marginal respecto de la comunidad psicológica internacional.

El atolladero epistemológico, sin embargo, se sigue reconociendo en la psicología, revelándose de diversas formas. Últimamente tratan de zanjarlo, entre otras, algunas orientaciones de la psicología social que se ocupan del "yo" y del "sí mismo" que revisan los paradigmas científicos que subtienden las ciencias sociales

(Gergen, 1991). De todos modos, parece haber mucho camino a recorrer en temas que reeditan problemas que tienen que ver no sólo con la ciencia, sino con el hombre que la hace y que, como bien sabemos, no sólo hace aquello que le impone la razón. No hay por qué suponer, por otra parte, que el hombre sea realmente capaz de garantizar la razón. De allí que algunos consideren, laicamente, que "Dios" constituye una necesidad lógica para sostener la atadura de los humanos a la ciencia.

Pero volvamos a nuestras profesiones, en las que nos preguntamos cuánto y qué hacemos con las ciencias, específicamente con las neurociencias y con las psicologías. No sólo eso, una de las peculiaridades de nuestras profesiones es que los "objetos empíricos" con los que trabajamos presentan el inconveniente de que pretenden convertirse en "sujetos". Esto sólo puede suceder en profesiones que aplican desarrollos de las ciencias a la atención de cuestiones humanas, porque sólo en estos casos podemos ser solicitados, interpelados y cuestionados desde el terreno mismo en que se encuentra el tal "objeto" sobre el que trabajamos. Es obvio que es el caso del psicoanálisis, pero no lo es más que el de la psiquiatría, el de la psicología o incluso el de la medicina general.

Alcanza con que nos hablen, con que nos dirijan la palabra desde el lugar que atendemos o estudiamos, para que las cosas se compliquen. No podría ser el caso de la astronomía ni el de la bioquímica, ya que no es imaginable que los planetas nos pidan correcciones de lo que observa el telescopio Hubble o que los genes se rebelen porque los clonamos. Tampoco es posible que un hígado haga una presentación judicial por mala praxis. Las interpelaciones, éticas u otras, sólo pueden provenir de los sujetos, sujetos parlantes, evidentemente, no de los genes, no del hígado.

Es interesante la problemática que se abre aquí respecto a los objetos empíricos de las neurociencias y de la psicología científica. Si el objeto es la conducta, o un proceso cognitivo como la memoria, o el lenguaje, o una actividad electromiográfica, o la actividad de un neurotransmisor, él simplemente se comporta, o se modifica, o varía, o no varía, pero no se dirige a nosotros, no nos interpela. El objeto de la ciencia debe mantenerse independiente del neurocientífico o del psicólogo científico.

Se espera que el investigador realice su tarea conforme a procedimientos independientes de las variaciones del objeto. Todo esto se puede hacer mientras los sujetos no interfieran, que no es lo que sucede en la clínica real de los psiquiatras, de los psicólogos clínicos, de los neurólogos en la clínica, de los psicoanalistas, etc.. En estos casos, el profesional tiene una tarea que no es idéntica a la del investigador científico puesto que no tiene más remedio que agregar al registro objetivo de los datos dimensiones que incluso pueden entrar en colisión con ellos.

Las cosas se complican de manera original en la realidad clínica. Sabemos que entramos en terrenos donde los conocimientos que hemos acumulado, por más vastos y actualizados que sean, nunca están "ready made", o al menos nunca lo están del todo, para resolver los problemas que plantean los sujetos. Un proceso de melancolización suicida, por ejemplo, requiere ineludiblemente tomar una serie de pequeñas o grandes decisiones en la interlocución con el sujeto atendiendo a dimensiones, por ejemplo, religiosas o morales que, si no son consideradas, pueden conducir a la interrupción del vínculo con el profesional precipitando una decisión fatal.

Curiosamente, estas reflexiones parecen llevarnos a que es precisamente en el terreno de lo subjetivo donde compartimos cosas comunes todos los que prestamos atención a síntomas, trastornos, disfunciones, malestares, dolores, sufrimientos humanos, en fin. La clínica real enseña que la decisión de interrumpir un tratamiento, de cambiar de médico, de negarse a un nuevo estudio, de rechazar un medicamento, etc., es con frecuencia resultado de momentos que se presentan al profesional como precipitaciones ya sean imprevistas o insalvables.

Los tiempos reales en que se efectúa la atención médica o psicológica (sus momentos, secuencias, duraciones, ritmos, detenciones, reinicios, periodicidades, etc.) son habitualmente afectados por variables ajenas a la cronología ordenada de la investigación médica o psicológica o del planeamiento racional más preciso. La disrupción subjetiva -es decir: la interferencia del sujeto- es una variable esencial que resiste repetitivamente la aplicación de la pura razón científica en el sentido de lo puramente calculable. Además la resiste, agreguemos, de una manera en que, si no es escuchada con suficiente propiedad, la misma razón científica puede operar en forma iatrogénica.

Para concluir: se advierte en qué sentido la función del sujeto se manifiesta en los campos de la psicología y de las neurociencias. Más allá de las distinciones que se planteen en el plano epistemológico, teórico conceptual, el clínico se sitúa respecto a ellas en un terreno de interlocuciones vinculares, inseparables de los contextos donde los recursos científicos son puestos a funcionar.

Bibliografía:

1. Augé, Marc, El sentido de los otros, Madrid, Paidós, 1994.
2. Bernard, M., "A psicología", y Verdenal, R., "La filosofía positiva de Augusto Comte", en Châtelet, F., História da filosofia, idéias, doutrinas, Vol.7 y 5, Rio de Janeiro, Zahar, 1981.
3. Freud, S., La afasia, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
4. Gergen, K., El yo saturado, Barcelona, Paidós, 1992.
5. Hameline, D., "Cent ans de psychologie scientifique", en Bulletin de Psychologie, 1970-1971, XXIV, 5-6., pp. 242-252.
6. Lacan, J., "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien", en Écrits, Paris, Éd. du Seuil, 1966.
7. Piéron, H., Traité de psychologie appliquée, P.U.F., 7 vols.
8. Piéron, H., Vocabulaire de la psychologie, P.U.F.
9. Popper, Karl, El mito del marco común, Madrid, Paidós, 1997.
10. Posner, M.I. y Raichle, M.E., Images of mind, Scientific American Library, Freeman, 1994.
11. Prigogine, I. y Stengers, I., La nouvelle alliance. Metamorphose de la science, Paris, Gallimard, 1986.
12. Vattimo, Gianni, Más allá de la interpretación, Buenos Aires, Paidós, 1996.
13. Zazzo, R., Conduites et conscience, Ed. Delachaux et Niestlé, t. II, 1968.